

En el primer año de la Restauración presencié la tercera transformación social: yo había visto la antigua monarquía pasar a la monarquía constitucional, y ésta a la República; yo vi la República convertirse en despotismo militar, y veía el despotismo militar volver a una monarquía libre. Los mariscales del imperio se transformaron en mariscales de Francia, y a los uniformes de la guardia de Napoleón se mezclaron los de los guardias de corps, y de la Maison-Rouge, cortados exactamente por los antiguos moldes: el viejo duque de Havré, con su peluca empolvada y su bastón negro, marchaba como capitán de los guardias de corps al lado del mariscal Víctor: el duque de Mouchy, que nunca vió quemar un cartucho, desfilaba en la misa al lado del mariscal Oudinot, acribillado de heridas: el palacio de las Tullerías, tan apropiado y tan militar bajo el mando de Bonaparte, en vez del olor de la pólvora, se llenaba del humo de las comidas que subía de todas partes, y todo iba volviendo a adquirir cierto aire doméstico. En las calles se veían emigrados caducos con ademanes y vestidos de otro tiempo, hombres los más respetables sin duda, pero tan extraños entre aquella moderna multitud, como lo eran los capitanes republicanos entre los soldados de Napoleón. Las damas de la corte imperial introducían a las viudas del barrio de Saint-Germain, enseñándoles las costumbres de palacio, y llegaban diputaciones de Burdeos y capitanes de parroquia de la Vendée con sus sombreros a lo Rochejacquelein. Todos estos personajes conservaban la expresión de los sentimientos, hábitos y costumbres que les eran familiares. La libertad, que estaba en el fondo de la época, hacía vivir juntos los que a primera vista parecían no deber estarlo; pero costaba trabajo reconocer esa libertad, porque llevaba los colores de la antigua monarquía y del despotismo imperial. Ninguno conocía bien el lenguaje constitucional; los realistas cometían faltas groseras hablando de la carta; los imperialistas estaban menos instruidos aún, y los convencionales, convertidos en condes, barones, senadores de Bonaparte y pares de Luis XVIII, incurrieron unas veces en la dialéctica republicana, que casi habían olvidado, otras en el idioma del absolutismo, que habían aprendido a fondo. Se oía a los ayudantes de campo del último tirano militar discutir sobre la libertad

inviolable de los pueblos, y a los regicidas sostener el dogma sagrado de la legitimidad.

Estas metamorfosis serían odiosas si no tuviera parte en ellas la flexibilidad del espíritu francés. El pueblo de Atenas se gobernaba a sí propio, y los oradores se dirigían a sus pasiones en la plaza pública; la multitud soberana se componía de escultores, pintores, obreros y oyentes, según dice Tucídides: pero cuando, bueno o malo, se llegaba a dictar un decreto, ¿quiénes salían de esa masa incoherente e inexperta para ponerlo en ejecución? Sócrates, Foción, Pericles y Alcibiades.

¿Es a los realistas a quienes debe culparse de la Restauración, como hoy se pretende? De ninguna manera. ¿Se diría que treinta millones de hombres estaban consternados, mientras que un puñado de legitimistas consumaban, contra la voluntad de todos, una restauración que se detestaba, agitando algunos pañuelos y poniendo en sus sombreros una cinta de su mujer? Verdad es que la inmensa mayoría de los franceses estaba contenta; pero esa mayoría no era legítima en el sentido limitado de esta palabra, porque estaba compuesta de todos los matices de opiniones; feliz con verse libre y violentamente animada contra el hombre a quien acusaba de todos sus infortunios: de aquí provino el éxito de mi folleto. ¿Cuántos aristócratas verdaderos habían proclamado el nombre del rey? Los señores Matthieu y Adrián de Montmorency, los señores de Polignac, escapados de su calabozo, el señor Alexis de Noailles y el señor Sosthene de la Rochefoucauld. Estos siete u ocho hombres, a quienes el pueblo desconocía y no seguía, ¿podían imponer su ley a toda la nación?

La señora de Montcalm me había enviado un paquete con mil doscientos francos para distribuirlos entre la pura raza legitimista, pero se lo devolví por no haber encontrado donde colocar un escudo. Ataron una innoble cuerda al cuello de la estatua que coronaba la columna de la plaza Vendôme; mas, había tan pocos realistas para tirar de ella, que las autoridades, todas bonapartistas, fueron las que bajaron la imagen de su señor con el auxilio de una polea: el coloso hubo de inclinarse por fuerza la frente, y cayó a los pies de esos soberanos de la Europa, tantas veces prosternados ante él. Los hom-

bres de la República y del Imperio fueron los que saludaron con entusiasmo la Restauración. La conducta y la ingratitude de los personajes elevados por la Revolución, fueron indignas con respecto a aquel a quien hoy afectan sentir y admirar.

Era muy natural que los realistas estuvieran contentos de volver a encontrar sus príncipes y de ver acabar el reinado de aquel a quien consideraban como un usurpador; pero vosotros, criaturas de ese usurpador, sobrepujasteis en exageración los sentimientos de los realistas. Los ministros y los grandes dignatarios a porfía prestaron juramento a la legitimidad, y todas las autoridades, civiles y judiciales, se apresuraban a jurar odio a la nueva dinastía proscripta, y amor a la raza antigua, que tantas veces habían condenado. ¿Quién componía aquellas proclamas, aquellos manifiestos acusadores y ultrajantes para Bonaparte, de que estaba inundada Francia? ¿Los realistas? No: los ministros, los generales, las autoridades elegidas y mantenidas por Napoleón. ¿Dónde se fraguaba la Restauración? ¿En casa de los realistas? No; en casa del señor de Talleyrand. ¿Con quién? Con el señor de Pradt, limosnero del dios Marte y titiritero mirado. ¿Con quién y en casa de quién comía al llegar el lugarteniente general del reino? ¿En casa de los realistas y con realistas? No; en casa del obispo de Autun, con el señor de Caulaincourt. ¿Dónde se daban fiestas a los *infames principes extranjeros*? ¿En los palacios de los realistas? No; en la Malmaison, en casa de la emperatriz Josefina. Los más caros amigos de Bonaparte, Berthier, por ejemplo, ¿a quién profesaban su más ardiente adhesión? A la legitimidad. ¿Quiénes eran los que pasaban su vida en casa del autócrata Alejandro, en casa de ese tártaro brutal? Los clásicos del Instituto, los sabios, los literatos, los filósofos filántropos, teofilántropos y otros, y de allí salían encantados y colmados de elogios y de cajas de tabaco. En cuanto a nosotros, pobres diablos de legitimistas, no éramos admitidos en ninguna parte, y se nos contaba por nada. Unas veces nos decían en la calle que nos fuésemos a acostar, y otras que no gritásemos demasiado alto *viva el rey!* Lejos de obligar a nadie a ser legitimista, las potencias declaraban que nadie sería forzado a cambiar de papel ni de lenguaje, y que el obispo de Autun no sería más obligado

a decir misa bajo la monarquía que bajo el Imperio. Yo no he visto Juanas de Arco proclamando el derecho soberano con un jerifalte en el puño y armadas de lanza; pero la señora de Talleyrand recorría las calles en carretela cantando himnos sobre la piadosa familia de los Borbones. Algunos trapos que colgaban en las ventanas de los familiares de la corte imperial, hacían creer a los buenos cosacos que había tantas flores de lis en los corazones de los bonapartistas, convertidos, como guiñapos blancos en sus balcones. El contagio es una maravilla en Francia, y se gritaría *¡abajo mi cabeza!* si oyeran que el vecino lo gritaba. Los imperialistas entraban en nuestras casas para hacernos poner banderas de lienzo blanco en las rejas: también lo pretendieron en la misa; pero mi esposa no quiso oír, y defendió esforzadamente sus muselinas.

PRIMER MINISTERIO. — PUBLICO LAS «REFLEXIONES POLÍTICAS». — LA DUQUESA DE DURAS. — SOY NOMBRADO EMBAJADOR EN SUECIA. — EXHUMACIÓN DE LOS RESTOS DE LUIS XVI. — PRIMER 21 DE ENERO EN SAINT-DENIS. — LA ISLA DE ELBA.

El Cuerpo legislativo, transformado en Cámara de los Diputados, y la Cámara de los Pares, compuesta de ciento cincuenta y dos miembros vitalicios, entre los que se contaban más de sesenta senadores, formaron las dos primeras Cámaras legislativas. El señor de Talleyrand, instalado en el ministerio de Estado, salió para el congreso de Viena, cuya apertura había sido señalada para el 3 de noviembre, conforme al artículo 32 del tratado de 30 de mayo, y el señor de Jaucourt lo desempeñó por una interinidad que duró hasta la batalla de Waterloo. El abate de Montesquiou fué ministro de Gobernación, teniendo por secretario general al señor Guizot; el señor Malouet entró en el de Marina; pero, habiendo muerto, fué reemplazado por el señor Beugnot; el general Dupont obtuvo el departamento de la Guerra, y luego le substituyó el mariscal Soult, que se distinguió en él por la creación del monumento fúnebre de Quiberón; el duque de Blacas fué ministro de la casa del rey; el señor de Anglés, prefecto de policía; el canceller Ambray, ministro de Justicia, y el abate Luis, ministro de Hacienda.

El 21 de octubre presentó el abate de Montesquiou la primera ley sobre la prensa, en la que sometía a la censura todo escrito de menos de veinte hojas de impresión: el señor Guizot elaboró esta primera ley de libertad.

Carnot escribió una carta al rey, en la que confesaba que los Borbones *habían sido recibidos con alegría*; pero no teniendo en cuenta la brevedad del tiempo ni lo que la carta concedía, daba consejos atrevidos y lecciones altaneras: todo esto no vale nada cuando se debe aceptar el rango de *ministro* y el título de *conde del Imperio*; no conviene mostrarse fiero hacia un príncipe débil y liberal, cuando se ha estado sumiso ante un príncipe violento y despótico; cuando, máquina gastada por el Terror, se ha encontrado insuficiente para el cálculo de las proporciones de la guerra napoleónica. En respuesta publiqué las *Reflexiones políticas*, que contienen la substancia de la *Monarquía según la Carta*. El señor Lainé, presidente de la Cámara de los Diputados, habló al rey de esta obra con elogio, y el rey parecía siempre satisfecho de los servicios que yo tenía el honor de prestarle: el Cielo parecía haberme echado sobre los hombros la dalmática de heraldo de la legitimidad; pero cuanto más éxito tenía la obra, menos agradaba el autor a S. M. Las *Reflexiones políticas* divulgaron mis doctrinas constitucionales, y la corte recibió con ellas una impresión que no ha podido disminuir mi fidelidad a los Borbones. Luis XVIII decía a sus familiares: «Guardaos de admitir jamás a un poeta en vuestros negocios, pues todo lo perderá; esa gente no es buena para nada.»

Una fuerte y viva amistad llenaba entonces mi corazón: la duquesa de Duras tenía la imaginación, y hasta algo en su semblante, de la expresión que madama de Staël; bien ha podido juzgarse de su talento de autor por *Orika*. Vuelta de la emigración, encerrada durante muchos años en su castillo de Ussé, a orillas del Loira, oí hablar de ella por primera vez en los hermosos jardines de Mereville, después de vivir en Londres junto a ella sin haberla encontrado. La duquesa vino a París para la educación de sus encantadoras hijas, Felicia y Clara, y las relaciones de familia, de provincia, de opiniones literarias y políticas, me abrieron la puerta de su sociedad. El calor de su alma, la nobleza de su carácter, la elevación de su ánimo,

la generosidad de sus sentimientos, hacían de ella una mujer superior. Al principio de la Restauración me tomé bajo su protección, pues, a pesar de lo que yo había hecho por la monarquía legítima y los servicios que el rey confesaba haber recibido de mí, había sido tan alejado de todo, que ya pensaba en retirarme a Suiza.

Tal vez hubiera hecho bien; en esas soledades que Bonaparte me había destinado como a su embajador en las montañas, ¿no hubiera sido mucho más feliz que en el palacio de las Tullerías? Cuando entré en los salones, a la vuelta de la legitimidad, me produjeron una impresión casi tan penosa como el día en que vi en ellos a Napoleón dispuesto a matar al duque de Enghien. La señora de Duras habló de mí al señor de Blacas, que respondió que yo era libre de ir donde quisiera; pero, tal fue el interés de la duquesa, y tal valor tenía para sus amigos, que se desenterró una embajada vacante, la de Suecia. Cansado ya Luis XVIII de mi ruido, estaba satisfecho con hacer de mí un presente a su buen hermano el rey Bernadotte. ¿No se figuraba éste que me enviaban a Estocolmo para destronarlo? ¡Oh! ¡Yo no destrono a nadie, príncipes de la tierra; guardaos vuestras coronas, si podéis, y, sobre todo, no me las deis, porque yo no quiero ninguna!

La señora de Duras, mujer excelente, que me permitió llamarla hermana y a quien tuve la dicha de ver en París durante muchos años, ha ido a morir a Niza; otra nueva llaga abierta. La duquesa de Duras conocía mucho a madama de Staël, y a la vuelta de la señora de Recamier de Italia, saludé este nuevo socorro que llegaba a mi vida.

El 30 de diciembre del año 1814, las Cámaras legislativas fueron aplazadas hasta 1.º de mayo de 1815, como si se las hubiera convocado para la asamblea del campo de mayo de Napoleón. El 18 de enero fueron exhumados los restos de María Antonieta y de Luis XVI, y yo asistí a este acto en el cementerio, donde Fontaine y Percier, a imitación de una iglesia sepulcral de Rímini, han elevado después, a la piadosa voz de la señora Delfina, el monumento quizás más notable de París. Este claustro, formado de un encadenamiento de sepulcros, hiere la imaginación llenándola de tristeza. En estas *Memorias* he hablado de las

exhumaciones de 1815: en medio de las osamentas, reconocí la cabeza de la reina por la sonrisa que me había dirigido en Versalles.

El 21 de enero se colocó la primera piedra de la base de la estatua que debía erigirse en la plaza de Luis XV, y que jamás lo ha sido. Yo describí la fúnebre grandeza del 21 de enero, y decía: «Esos religiosos que salieron con la oriflama al encuentro de San Luis, no recibirán al descendiente del santo rey. ¡En estas moradas subterráneas donde dormían confundidos esos reyes y esos príncipes, sólo Luis XVI se encontrará solo!... ¿Cómo se han levantado tantos muertos? ¿Por qué está desierto Saint-Denis? Preguntemos más bien ¿por qué está colocado su techo, por qué su altar está en pie? ¿Qué mano ha reconstruido la bóveda de estas cuevas y preparó estas tumbas vacías? La mano de ese mismo hombre que estaba sentado sobre el trono de los Borbones. ¡Oh Providencia! El creía preparar sepulcros a su raza, y no hizo más que edificar la tumba de Luis XVI.»

Por mucho tiempo he deseado que la imagen de Luis XVI fuese colocada en el mismo sitio en que el mártir derramó su sangre; pero ya no seré de esta opinión. Es preciso elogiar a los Borbones por haber pensado en Luis XVI desde el primer momento de su vuelta, pues debían tocar sus cenizas con la frente, antes de ceñirse su corona en las sienas. Ahora creo que no hubieran debido ir más lejos. No fué una comisión, como en Londres, la que juzgó en París al monarca, sino la Convención entera; de aquí la reconvencción anual que una ceremonia fúnebre repetida parecía hacer a la nación, representada aparentemente por una asamblea completa. Todos los pueblos han fijado aniversarios a la celebración de sus triunfos, de sus desórdenes o de sus desgracias, porque todos han deseado igualmente guardar la memoria de los unos y de los otros: nosotros hemos tenido solemnidades para las barricadas, cánticos para la Saint-Barthélemy, fiestas para la muerte de Capeto; pero, ¿no es maravilloso que la ley sea impotente para crear días de recuerdo, al paso que la religión ha hecho vivir de edad en edad el santo más obscuro? Si los ayunos y las oraciones instituidos por el sacrificio de Carlos I duran todavía, es porque en Inglaterra el estado une la supremacía religiosa a la supremacía política,

y en virtud de ella se ha hecho día festivo el 30 de enero de 1649. En Francia no sucede lo mismo: Roma sólo tiene el derecho de ordenar en puntos de religión; pero, entonces, ¿qué es una ordenanza que un príncipe publica; un decreto que una asamblea política promulga, si otro príncipe u otra asamblea tienen el derecho de anularlos? Creo, pues, hoy, que el símbolo de una fiesta que puede ser abolida, que el testimonio de una catástrofe trágica no consagrada por el culto, no está colocada convenientemente en el camino por donde la muchedumbre pasa distraída en sus placeres. En la época actual, sería de temer que un monumento elevado con el objeto de expresar el horror de los excesos revolucionarios, excitase el deseo de imitarlos: tratando de perpetuar el horror, muchas veces no se hace más que perpetuar el ejemplo. Los siglos no adoptan los legados de luto, porque tienen bastante motivo presente para llorar, sin encargarse, además, de derramar lágrimas hereditarias.

Al ver el carro fúnebre que conducía los restos de la reina y del rey, me sentí sumamente afectado, y lo seguí con la mirada, con un presentimiento funesto. En fin, Luis XVI tomó su puesto en Saint-Denis, y Luis XVIII, por su parte, durmió en el Louvre: los dos hermanos comenzaban juntos una era de los reyes y de los espectros legítimos: vana restauración del trono y de la tumba, cuyo doble polvo ha barrido ya el tiempo.

Napoleón había rehusado embarcarse en un buque francés, no haciendo entonces caso más que de la marina inglesa, porque era victoriosa: olvidaba su odio, las calumnias y los ultrajes que hiciera a la pérfida Albión, y como no veía ninguno de su admiración más que al partido triunfante, se embarcó en el *Undaunted*, que lo condujo al puerto de su primer destierro. No estaba muy tranquilo sobre la manera con que sería recibido, pues dudaba que la guarnición francesa le entregase el territorio que custodiaba. De aquellos insulares italianos, unos deseaban llamar a los ingleses, los otros permanecer libres de todo señor, y la bandera tricolor y la blanca ondeaban sobre algunos cabos cercanos. Sin embargo, todo se arregló. Cuando se supo que Bonaparte llegaba con millones, los pareceres se decidieron generosamente a recibir a la *augusta víctima*, y

las autoridades civiles y religiosas se dejaron arrastrar por la misma convicción. José Felipe Arrighi, vicario general, publicó un decreto en que decía: «La Divina Providencia ha querido que seamos en lo sucesivo súbditos de Napoleón el Grande. La isla de Elba, elevada a un honor tan sublime, recibe en su seno al ungido del Señor. Ordenamos que se celebre un solemne *Te Deum* en acción de gracias, etc.»

El emperador había escrito al general Delesme, comandante de la guarnición francesa, que hiciera conocer a los naturales que había *elegido* la isla para su residencia, en consideración a la dulzura de sus costumbres y de su clima. Saltó a tierra en Portoferraio, en medio del doble saludo de la fragata inglesa que lo conducía y de las baterías de la costa. Desde allí fué conducido bajo el palio de la parroquia a la iglesia, donde se cantó el *Te Deum*. Napoleón fué conducido en seguida a la alcaldía, donde estaba preparada su habitación, y se desplegó el nuevo pabellón imperial, fondo blanco atravesado con una banda roja sembrada de tres abejas de oro. Tres violines y dos contrabajos iban detrás con rechinamientos de gozo. El trono levantado apresuradamente en el salón de los bailes públicos, estaba decorado con oropel y jirones de escarlata: la parte cómica de la naturaleza del prisionero se arreglaba muy bien con todo esto. Formó su servidumbre, que se componía de cuatro gentileshombres, tres oficiales de órdenes y dos furrieres del palacio, y declaró que recibiría a las damas dos veces por semana, a las ocho de la noche. En seguida dió un baile, y se apoderó, para residir en él, del pabellón de los ingenieros militares. Napoleón encontraba sin cesar en su vida las dos fuentes de que había salido; la democracia y el poder real: su poder le venía de las masas ciudadanas; su rango de su genio; por esto se le ve pasar sin esfuerzo de la plaza pública al trono, de los reyes y de las reinas que se apiñaban alrededor suyo en Erfurt, a las panaderas y aceiteras que danzaban en su granja en Portoferraio. A las cinco de la mañana, con medias de seda y zapatos de hebilla, iba a dirigir las obras de albañilería que mandaba hacer en la isla.

Establecido en su imperio, inagotable en acero desde el tiempo de Virgilio,

*Insula inexhaustis Chalybum generosa metallis.*

Bonaparte no olvidaba los ultrajes que le acababan de inferir, ni había renunciado a desgarrar su sudario; pero le convenía parecer sepultado y hacer solo alrededor de su monumento alguna aparición de fantasma. Por esta causa, y como si no pensase en otra cosa, se apresuró a bajar a sus criaderos de hierro cristalizado y de imán, de manera que se le hubiera tomado por el antiguo inspector de las minas de su actual Estado. Se arrepintió de haber afectado en otro tiempo la renta de las fundiciones de *Illua* a la Legión de honor, y quinientos mil francos le parecían valer mucho más que una cruz manchada de sangre en el pecho de sus granaderos: «¿Dónde tenía yo la cabeza?—dijo—; he dado muchos decretos estúpidos de esta naturaleza.» Hizo un tratado de comercio con Liorna y se proponía hacer otro con Génova, y costara lo que costase, emprendió cinco o seis toetas de carretera, y trazó la colocación de cuatro grandes ciudades, como Dido designó los límites de Cartago. Filósofo arrepentido de las vanidades humanas, declaró que quería vivir como un juez de paz en un condado de Inglaterra; y, no obstante, al subir una montaña que domina a Portoferraio, a la vista del mar, que la rodeaba por todas partes, se le escaparon estas palabras: «¡Diablo! es necesario reconocer que mi isla es muy pequeña.» En algunas horas hubiera podido visitar todos sus dominios. Quería agregar a la isla una roca llamada *Pianosa*, y exclamó sonriendo: «Europa va a acusarme de haber hecho ya una conquista.» Las potencias aliadas se vanagloriaban de haberle dejado por irrisión cuatrocientos soldados; pero no necesitaba más para llamar a todos los otros bajo su bandera.

La presencia de Bonaparte en las costas de Italia, que había visto comenzar su gloria y que conservaba su recuerdo, todo lo agitaba. Murat era vecino, y sus amigos iban pública o secretamente a su retiro: su madre y su hermana, la princesa Paulina, le visitaron, y pronto esperaban ver llegar a María Luisa y a su hijo. En efecto, llegó una mujer y un niño, y recibida con gran misterio, fué a morar en una *villa* retirada en el rincón más remoto de la isla.

Si nosotros hubiéramos sido más desconfiados, fácil nos habría sido descubrir la aproximación de una catástrofe. Bonaparte estaba demasiado cerca de su cuna y de sus conquistas, y su isla fúnebre

debió estar más remota y rodeada de más olas. No se explica cómo los aliados imaginaron abandonar a Napoleón sobre las rocas en que debía hacer el aprendizaje del destierro. ¿Podía suponerse que a la vista de los Apeninos, que al olor de la pólvora de los campos de Montenotte, de Arcole y de Marengo, que al descubrir a Venecia, Roma y Nápoles, sus tres bellas esclavas, no se apoderaran de su corazón las tentaciones más irresistibles? ¿Habíase olvidado que Bonaparte tenía en todas partes admiradores y obligados, unos y otros cómplices suyos? Su ambición estaba decaída, pero no apagada, y el infortunio y la venganza reanimaron sus llamas. Cuando el príncipe de las tinieblas, desde la orilla del universo creado, percibió al hombre y al mundo, resolvió perderlos.

El bonapartismo, en el primer año de la Restauración, pasó del simple deseo a la acción, a medida que sus esperanzas crecieron y que fué conociendo mejor el carácter débil de los Borbones. Bajo la hábil administración del señor Ferrand, el señor de Lavalette llevaba la correspondencia y los correos de la monarquía y los despachos del imperio. Ya nada se ocultaba; las caricaturas anunciaban una vuelta deseada, y se veían entrar águilas por las ventanas del palacio de las Tullerías, por cuyas puertas salía una manada de pavos.

Los avisos llegaban de todas partes, y no se quería creer en ellos, e inútilmente el gobierno suizo había prevenido al del rey de la actitud de José Bonaparte, retirado en el país de Vaud. Una mujer que llegaba de Elba daba los detalles más insignificantes de lo que pasaba en Portoferraio, y la policía la metió en la cárcel; se tenía por cierto que Napoleón no se atrevería a intentar nada antes de la disolución del congreso, y que, en todo caso, sus miras se dirigirían hacia Italia. Otros, más avisados aún, hacían votos porque el *cabo de escuadra*, el *prisionero*, abordase a las costas de Francia, pues así se terminaría de una vez. El señor Pozzo di Borgo declaraba en Viena que el delincuente sería colgado de un árbol. Si pudieran verse ciertos papeles, en ellos se encontraría la prueba de que, desde 1814, se tramaba una conspiración militar y marchaba al paso de la conspiración política que el príncipe de Talleyrand dirigía en Viena a instigación de Fouché. Los partidarios de Napoleón le escribían que si no apresuraba su vuelta,

encontraría ocupado su lugar en las Tullerías por el duque de Orleans, creyendo que esta revelación sirvió para precipitar la vuelta de Bonaparte. Estoy convencido de todo esto: pero también creo que la causa determinante que decidió a Napoleón fué simplemente la naturaleza de su genio.

Acababa de estallar la conspiración de Drouet, de Erlon y de Lefebvre-Desnouettes. Algunos días antes fué invitado a comer a casa del mariscal Soult, ministro de la Guerra, y un necio refería el destierro de Luis XVIII en Hartwell. El mariscal escuchaba, y a cada circunstancia contestaba con estas palabras: «Eso es histórico.» Traían las babuchas de S. M.: «Eso es histórico.» El rey sorbía tres huevos antes de comer: «¡Eso es histórico!» Aquella respuesta me chocó mucho. Cuando un gobierno no está sólidamente constituido, hay muchos que, según la mayor o menor energía de su carácter, se convierten en conspiradores: los sucesos hacen más traidores que las opiniones.

Revisado en diciembre de 1846.

PRINCIPIO DE LOS CIENTO DÍAS. — VUELTA DE LA ISLA DE ELBA. — TORPEZA DE LA LEGITIMIDAD. — ARTÍCULO DE BENJAMÍN CONSTANT. — ORDEN DEL DÍA DEL MARISCAL SOULT. — SESIÓN REGIA.—PETICIÓN DE LA ESCUELA DE DERECHO A LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS. — PROYECTO DE DEFENSA DE PARÍS.

De pronto anunció el telégrafo a los convencidos y a los incrédulos el desembarco del hombre: *Monsieur* corre a Lyon con el duque de Orleans y el mariscal Macdonald, y vuelve inmediatamente. El mariscal Soult, denunciado en la cámara de los Diputados, es substituido por el duque de Feltré el 11 de marzo. Bonaparte encontró de ministro de la Guerra de Luis XVIII en 1815 al general que había sido su último ministro de la Guerra en 1814.

El atrevimiento de la empresa era inaudito. Desde el punto de vista político, se podría mirar este paso como el crimen irremisible y la falta capital de Napoleón. El sabía que estando reunidos los príncipes en el congreso, que estando Europa sobre las armas, no sufrirían su restablecimiento: su juicio debía advertirle que un triunfo, si lo obtenía, no

sería más que de corta duración; pero inmolaba a su pasión de reaparecer en la escena el reposo de un pueblo que le había prodigado su sangre y sus tesoros, y exponía a la desmembración la patria, de la que tenía todo cuanto fué en el pasado, y cuanto sería en el porvenir. En esta concepción fantástica hubo un egoísmo feroz, una falta increíble de agradecimiento y de generosidad hacia Francia.

Todo esto es cierto, según la razón práctica, para un hombre de entrañas más bien que de cabeza; pero para los hombres de la naturaleza de Bonaparte, existe una razón de otra especie; esas criaturas de elevada fama tienen un carácter distinto: los cometas describen curvas que se escapan al cálculo, porque no están fijadas en nada ni parecen buenas para nada; si se encuentra un astro a su paso, lo rompen y entran en los abismos del cielo; sus leyes son únicamente conocidas de Dios. Los individuos extraordinarios son los monumentos de la inteligencia humana, y no constituyen la regla.

Napoleón fué, pues, menos determinado a su empresa por las falsas relaciones de sus amigos que por la necesidad de su genio, y se lanzó a ella en virtud de la fe que en sí mismo tenía. Para un gran hombre no es todo nacer, es preciso morir. ¿La isla de Elba era un fin para él? ¿Podía aceptar la soberanía de un cuadrado de legumbres como Diocleciano en Salona? Si hubiera esperado a más tarde, ¿habría tenido más probabilidades de triunfar, entonces, que su recuerdo estaría borrado, que sus soldados habrían abandonado las filas y que las nuevas posiciones sociales estarían afirmadas? ¡Pues bien! él dió una cabezada contra el mundo, y al principio debió creer que no se había engañado sobre el prestigio de su poder.

Una noche, entre el 25 y el 26 de febrero, al salir de un baile que daba la princesa Borghese, se evade con la victoria, su cómplice y camarada tanto tiempo, atraviesa un mar cubierto por nuestras escuadras, encuentra dos fragatas, un navío de sententa y cuatro y el brick de guerra *Zéphyr*, que se acerca y le interroga: él mismo responde a las preguntas del capitán; el mar y las olas le saludan, y él prosigue su curso. La cubierta de su pequeño buque, el *Inconstant*, le sirve de paseo y de gabinete, dicta en medio de los vientos y hace co-

piar sobre aquella mesa agitada tres proclamas al ejército y a Francia; algunos faluchos, cargados con sus compañeros de aventura, rodeando su barca-almirante, llevan pabellón blanco sembrado de estrellas. El 1.º de marzo a las tres de la mañana llega a las costas de Francia entre Cannes y Antibes, en el golfo Juan: salta a tierra, recorre la orilla, coge violetas, y vivaquea en una plantación de olivos. El pueblo, estupefacto, se retira, y evitando Bonaparte entrar en Antibes, se interna en las montañas de Grasse, y atraviesa Sernon, Bareme, Digne y Gap. Veinte hombres pueden detenerlo en Sisteron, pero no encuentra a nadie, y avanza sin obstáculo por entre aquellos habitantes que algunos meses antes habían querido degollarlo. En el vacío que se forma alrededor de su sombra gigantesca, si entran algunos soldados, son arrastrados invenciblemente por la atracción de sus águilas. Fascinados sus enemigos, le buscan y no le encuentran, pues se oculta en su gloria como el león de Sahara en los rayos del sol para evitar las miradas de los deslumbrados cazadores. Envueltos en una nube ardiente, los fantasmas sangrientos de Arcole, de Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Eylau, Moscowa, Lutzen y Bautzen, forman su comitiva, con un millón de muertos. Del seno de esta columna de fuego salen, al llegar a las ciudades, algunos sonidos de clarín mezclados a las señales del lábaro tricolor, y las puertas de las ciudades caen. Cuando Bonaparte pasó el Niemen a la cabeza de cuatrocientos mil infantes y de cien mil jinetes para hacer volar el palacio de los zares en Moscú, sorprendió menos que cuando, rompiendo su destierro, arrojando sus cadenas al rostro de los reyes, llegó solo de Cannes a París, a dormir apaciblemente en las Tullerías.

Después del prodigio de la invasión de un solo hombre, es necesario colocar otro, que fué el rechazo del primero: la legitimidad cayó desfallecida, y el pasmo del corazón del Estado corrió por todos sus miembros, y dejó a Francia inmóvil. Por espacio de veinte días, Bonaparte marcha por jornadas; sus águilas vuelan de campanario en campanario, y en un camino de doscientas leguas, el gobierno, dueño de todo, disponiendo del dinero y de los brazos, no encuentra ni el tiempo ni los medios de cortar un puente, de derribar un árbol, para retardar al menos

una hora la marcha de un hombre al que las poblaciones no se oponían, pero a quien no seguían tampoco.

Esta torpeza del gobierno fué tanto más deplorable, cuanto que la opinión pública en París estaba muy animada y dispuesta a todo, a pesar de la defección del mariscal Ney. Benjamín Constant escribía en los periódicos:

«Después de haber derramado todas las plagas sobre nuestra patria, abandonó el suelo de Francia. ¿Quién no hubiera pensado que lo dejaba para siempre? De improviso se presenta, y promete aún a los franceses la libertad, la victoria y la paz. ¡Autor de la constitución más tiránica que haya regido en Francia, habla hoy de libertad! Pero él es quien durante catorce años ha minado y destruido la libertad. El no tenía la excusa de los recuerdos ni el hábito del poder, pues no había nacido bajo la púrpura. Impuso la servidumbre a sus conciudadanos; encadenó a sus iguales, y como no había heredado el poder, ha querido y meditado la tiranía; ¿qué libertad puede ofrecer? ¿No somos hoy mil veces más libres que bajo su imperio? Promete la victoria, y tres veces ha abandonado sus tropas, en Egipto, en España y en Rusia, entregando a sus compañeros de armas a la triple agonía del frío, de la miseria y de la desesperación. Ha atraído sobre Francia la humillación de ser invadida, y ha perdido las conquistas que habíamos hecho antes de él. Promete la paz, y su solo nombre es una señal de guerra. Si el pueblo fuera lo bastante desgraciado para servirle, volvería a ser el objeto del odio europeo, y su triunfo sería el principio de una lucha a muerte contra el mundo civilizado. Nada, pues, tiene que reclamar ni ofrecer. ¿Quién podría convencerle o quién podría seducirle? La guerra intestina, la guerra exterior: éstos son los presentes que nos trae.»

La orden del día del mariscal Soult, fechada el 8 de marzo de 1815, repite poco más o menos las ideas de Benjamín Constant, con una efusión de lealtad:

«Soldados: Ese hombre que hace poco abdicó a los ojos de Europa un poder usurpado, del cual había hecho tan fatal uso, ha vuelto al suelo francés, que ya no debía volver a ver más.

¿Qué desea? La guerra civil. ¿Qué busca? Traidores. ¿Dónde los encontrará? ¿Será entre esos soldados que ha engañado y sacrificado tantas veces extra-

viando su bravura? ¿Será en el seno de esos hogares, a quienes su nombre solo llena todavía de espanto?

»Bonaparte nos desprecia bastante para suponer que podremos abandonar a un soberano legítimo y querido, compartiendo la suerte de un hombre que no es ya más que un aventurero. ¡Lo cree el insensato, y su último acto de demencia acaba de demostrarlo!

»Soldados, el ejército francés es el más valiente de Europa, y también será el más fiel.

»Agrupémonos alrededor de nuestra bandera, a la voz de ese padre del pueblo, de ese digno heredero de las virtudes de Enrique el Grande. El mismo os ha trazado los deberes que tenéis que cumplir. A vuestra cabeza se pone ese príncipe, modelo de los caballeros franceses, cuya feliz vuelta a nuestra patria ha arrojado ya al usurpador, y que hoy va a destruir con su presencia, su única y postrera esperanza.»

Luis XVIII se presentó el 16 de marzo en la cámara de los Diputados, donde se trataba del destino de Francia y del mundo. Cuando el rey entró, los diputados y los espectadores de las tribunas se levantaron, descubriéndose, conmoviendo una aclamación las paredes de la sala. Luis XVIII sube lentamente a su trono; los príncipes, los mariscales, los capitanes de guardias se colocan a los dos lados del rey; cesan los gritos, todo el mundo calla, y en este intervalo de silencio se creía oír los pasos lejanos de Napoleón. Sentado el rey, mira un momento la asamblea, y pronuncia con voz firme este discurso:

«Señores, en este momento de crisis, cuando el enemigo público ha penetrado en una parte de mi reino, amenazando la libertad del resto, vengo a vosotros para estrechar todavía más los lazos que, uniéndoos conmigo, constituyen la fuerza del Estado: vengo, dirigiéndome a vosotros, a exponer a Francia entera mis sentimientos y mis deseos.

»He vuelto a ver mi patria, y la he reconciliado con las potencias extranjeras, que, no dudéis, serán fieles a los tratados que nos han dado la paz: he laborado en la felicidad de mi pueblo, y he recogido y recojo todos los días las pruebas más inequívocas de su amor: ¿podría terminar mejor mi carrera a los sesenta años, que muriendo en su defensa?

»Nada, pues, temo por mí; pero sí temo por Francia: el que viene a encender entre nosotros la antorcha de la guerra civil, también nos trae el azote de la guerra extranjera; viene a poner nuestra patria bajo un yugo de hierro; viene, por último, a destruir esa Carta constitucional que yo os he dado; esa Carta, no ya un bello título a los ojos de la posteridad, sino Carta que todos los franceses aman, y que yo juro aquí mantener: agrupémonos alrededor de ella.»

Aun hablaba el rey, cuando una nube esparció la obscuridad en la sala, las miradas se dirigieron hacia la bóveda para buscar la causa de esta noche repentina. Cuando el monarca legislador dejó de hablar, los gritos de ¡viva el rey! comenzaron de nuevo en medio de las lágrimas. «La asamblea—dice con verdad *El Monitor*—, electrizada con las palabras sublimes del monarca, estaba en pie con las manos extendidas hacia el trono, y sólo se escuchaban las voces de ¡viva el rey! ¡morir por el rey!, repetidas con un entusiasmo de que participaron todos los corazones franceses.»

¡En efecto, era patético el espectáculo: un monarca anciano y enfermo, que, en premio del sacrificio de su familia y de veintitrés años de destierro, había traído a Francia la paz, la libertad, el olvido de todos los ultrajes y de todas las desgracias; este anciano patriarca de los soberanos, declarando ante los diputados de la nación que a su edad, y después de haber vuelto a ver su patria, no podía terminar mejor su carrera que muriendo por la defensa de su pueblo!

Al conocerse el discurso de Luis XVIII, excitó un entusiasmo inexplicable. París era todo realista, y así continuó durante los Cien Días; las mujeres particularmente eran borbonistas.

La juventud adora hoy el recuerdo de Napoleón, porque está humillada del papel que el gobierno actual hace representar a Francia en Europa: la juventud saludaba en 1814 la Restauración, porque al abatir el despotismo realizaba la libertad. En las filas de los voluntarios realistas se contaba al señor Odilon Barrot, un gran número de alumnos de la escuela de medicina, y todos los de la de derecho, que el día 13 de marzo dirigieron la petición siguiente a la cámara de los Diputados.

«Señores: Nos ofrecemos al rey y a la patria: la escuela de derecho entera de-

sea marchar. Nosotros no abandonaremos ni a nuestro soberano ni nuestra constitución, y, fieles al honor francés, os pedimos armas. El sentimiento de amor que profesamos a Luis XVIII os garantiza de la constancia de nuestro patriotismo. Ya no queremos más hierros; queremos la libertad que tenemos y que vienen a arrebatarnos: nosotros la defenderemos hasta la muerte. ¡Viva el rey! ¡Viva la constitución!»

El discurso del rey me había llenado de esperanza. Se celebraban conferencias en casa del presidente de la Cámara de los Diputados, señor Lainé, y en ella encontré al señor de La Fayette, a quien jamás había visto sino de lejos, y en época anterior, en tiempo de la Asamblea Constituyente. Las proposiciones eran diversas, y la mayor parte débiles, como sucede cuando hay peligro. Unos proponían que el rey saliese de París y se retirase al Havre; otros hablaban de conducirlo a la Vendée, y algunos decían que era preciso esperar y ver venir: lo que venía era, sin embargo, bastante visible. Yo manifesté una opinión diferente, y ¡cosa singular! el señor de La Fayette la apoyó con energía; el señor Lainé y el mariscal Marmont eran también de mi parecer. Yo decía:

«Que el rey cumpla su palabra, y que permanezca en su capital. La guardia nacional está con nosotros; asegurémonos de Vincennes, y así tendremos el dinero y las armas. Si el rey sale de París, París dejará entrar a Bonaparte, que, dueño de él, es dueño de Francia. El ejército no se ha pasado entero al enemigo, pues hay muchos regimientos, generales y oficiales que no han hecho traición a su juramento: permanezcamos firmes, y ellos permanecerán fieles. Dispersemos la familia real, y que sólo quede aquí el rey. Que *Monsieur* vaya al Havre, el duque de Berry a Lille, el duque de Borbón a la Vendée, el duque de Orleans a Metz: ya la duquesa y el duque de Angulema están en el Mediodía. Nuestros diversos puntos de resistencia impedirán que Bonaparte concentre sus fuerzas. Parapetémonos en París, que ya vienen en nuestro auxilio los guardias nacionales de los departamentos cercanos. En medio de este movimiento, nuestro anciano monarca, bajo la protección del testamento de Luis XVI y la Carta en la mano, permanecerá tranquilo, sentado en su trono de las Tullerías: el cuerpo di-

plomático se agrupará a su alrededor; las dos cámaras se reunirán en los dos pabellones del palacio, y la servidumbre del rey acampará en el Carrousel y en el jardín de las Tullerías. Coronaremos de cañones los muelles, y que Napoleón nos ataque en estas posiciones; que tome una a una nuestras barricadas; que bombardee París, si quiere y tiene morteros; que se haga odioso a la población entera, y ya veremos el final de su empresa. Resistamos solamente tres días, y la victoria es nuestra: defendiéndose el rey en su palacio, causará un entusiasmo universal, y, por último, si debe morir, que muera digno de su rango, y que la última empresa de Bonaparte sea la degollación de un anciano. Sacrificando su vida, Luis XVIII ganará la única batalla que habrá dado, y la ganará en provecho de la libertad del género humano.»

Esta resolución, desesperada en apariencia, era, en el fondo, muy razonable, y no ofrecía el menor peligro. Siempre estaré convencido de que Napoleón, encontrando a París enemigo y al rey presente, no habría intentado penetrar. Sin artillería, sin víveres, sin dinero, sólo llevaba tropas reunidas a la aventura, todavía vacilantes, y sorprendidas del cambio brusco de escarapela, y de sus juramentos pronunciados en medio de los caminos. Algunas horas de tardanza perdían a Bonaparte, y sólo se necesitaba para ello un poco de energía. Ya podía contarse con una parte del ejército: los dos regimientos suizos permanecían fieles, y el mariscal Gouvion Saint-Cyr hizo tomar la escarapela blanca a la guarnición de Orleans, dos días después de la entrada de Napoleón en París. De Marsella a Burdeos, se reconoció la autoridad del rey durante todo el mes de marzo, y las tropas de Burdeos, que vacilaban, se habrían quedado con la señora duquesa de Angulema, si les hubiesen dicho que el rey estaba en las Tullerías, y que París iba a defenderse.

Adoptado mi plan, los extranjeros no hubieran devastado de nuevo Francia; nuestros príncipes no habrían vuelto con los ejércitos enemigos, y la legitimidad se habría salvado por sí sola. Una sola cosa habría sido de temer después del triunfo: la gran confianza de la monarquía en sus fuerzas, y, por consiguiente, los ataques contra los derechos de la nación.

¿Por qué nací en una época en que estaba tan mal colocado? ¿Por qué he

sido realista contra mis instintos, en un tiempo en que una miserable raza de cortesanos no podía comprenderme? ¿Por qué he caído en ese tropel de medianías que me tomaban por un calavera, cuando hablaba de valor, y por un revolucionario cuando hablaba de libertad?

El monarca no tenía ningún temor, y aun le agradaba bastante mi plan por cierta grandeza a lo Luis XIV; pero, entre tanto, se envalijaban los diamantes de la corona (adquiridos en otro tiempo del tesoro particular de los soberanos), dejando treinta y tres millones de escudos y cuarenta y dos millones en efectos. Estos setenta y cinco millones, eran el producto de la contribución: ¿por qué, pues, no se le devolvía al pueblo, en vez de dejarlo a la tiranía?

Todo era confusión en las escaleras del pabellón de Flora; todos preguntaban y nadie respondía: yo he visto jóvenes llorar con rabia, pidiendo inútilmente órdenes y armas, y he visto mujeres ponerse malas de cólera y de desprecio; pero acercarse al rey era imposible, porque la etiqueta cerraba las puertas.

La gran medida decretada contra Bonaparte fué una orden de perseguirlo: ¡Luis XVIII, sin piernas, perseguir al conquistador del mundo! Aquella fórmula de las antiguas leyes, renovada en esta ocasión, bastó para demostrar el alcance de la inteligencia de los hombres de Estado de esta época. ¡Perseguir en 1815! ¿Y a quién? ¿A un lobo? ¿A un jefe de bandidos? ¿A un señor alevé? ¡No; a Napoleón, que había perseguido a los reyes, marcándolos para siempre en el hombro con su N indeleble!

De esta ordenanza, considerada desde más cerca, salía una verdad política que nadie veía: la raza legítima, extraña a la nación por espacio de veintitrés años, había permanecido en el día y en el sitio en que la Revolución la sorprendiera, mientras que la nación había marchado en el tiempo y en el espacio. De aquí la dificultad de entenderse: religión, ideas, intereses, lenguaje, tierra y cielo, todo era diferente para el pueblo y para el rey, porque ya no estaban en el mismo punto del camino, sino separados por un cuarto de siglo, equivalente a siglos.

Pero si la orden de perseguir parece extraña por la conservación del antiguo idioma de la ley, Napoleón tuvo intención de obrar mejor, empleando un nuevo lenguaje. Ciertos papeles del señor de Hauterive, inventariados por el señor Ar-

taud, demuestran que costó mucho trabajo impedir que Bonaparte hiciese fusilar al duque de Angulema, no obstante el documento oficial del *Monitor*: él encontraba mal que este príncipe se hubiera defendido. Y, no obstante, el fugitivo de la isla de Elba, al salir de Fontainebleau, había encargado a los soldados que fuesen fieles al monarca que Francia se había elegido. La familia de Bonaparte fué respetada; la reina Hortensia había aceptado de Luis XVIII el título de duquesa de Saint-Leu, y Murat, que aun reinaba en Nápoles, no habría visto vendido su reino sino por el señor de Talleyrand durante el congreso de Viena.

¡Epoca deplorable, en que a todos falta la franqueza, y en que sólo la juventud es sincera, porque aun toca a su cuna! Napoleón declara solemnemente que renuncia a la corona; se marcha y vuelve al cabo de nueve meses: Benjamín Constant publica su enérgica protesta contra el tirano, y cambia en veinticuatro horas; el mariscal Soult anima a las tropas contra su antiguo general, y algunos días después se ríe a carcajadas de su proclama en el gabinete de Napoleón en las Tullerías, y es mayor general del ejército en Waterlói; el mariscal Ney besa las manos del rey, jurando llevarle a Bonaparte encerrado en una caja de hierro, y entrega a éste todos los cueros que manda. ¡Ay! ¿Y el rey de Francia?... Afirma que a los sesenta años no puede terminar mejor su carrera que muriendo en defensa de su pueblo... ¡y huyó a Gante! Al ver esta imposibilidad de verdad en los sentimientos, este desacuerdo entre las palabras y los hechos, se siente uno acometido de disgusto hacia la especie humana.

El 20 de marzo, Luis XVIII pretendía morir en medio de Francia, y, si cumple su palabra, hubiera podido durar la legitimidad un siglo: la misma naturaleza parecía haber quitado al viejo rey la facultad de retirarse, encadenándolo con achaques de salud; pero los destinos futuros de la raza humana hubieran sido trabados por el cumplimiento de la resolución del autor de la Carta. Napoleón acudió en auxilio del porvenir: este Cristo del mal tomó por la mano al nuevo paralítico, y le dijo: «Levantaos y llevaos vuestro lecho: *Surge, tolle lectum tuum.*»

FUGA DEL REY. — MARCHO CON LA SEÑORA DE CHATEAUBRIAND. — DIFICULTADES DEL CAMINO. — EL DUQUE DE ORLEANS Y EL PRÍNCIPE DE CONDÉ. — TOURNAY, BRUSELAS. — RECUERDOS. — EL DUQUE DE RICHELIEU. — EL REY ME HACE LLAMAR A GANTE. — LOS CIEN DÍAS EN GANTE. — EL REY Y SU CONSEJO. — SOY MINISTRO INTERINO DE GOBERNACIÓN. — SEÑOR DE LALLY-TOLENDAL. — LA DUQUESA DE DURAS. — EL ABATE LOUIS Y EL CONDE BEUGNOT. — EL ABATE DE MONTESQUIEU. — COMIDA DE MARISCOS. — MONITOR DE GANTE. — MI DICTAMEN AL REY. — EFECTO DE ESTE DICTAMEN EN PARÍS. — FALSIFICACIÓN.

Es indudable que se meditaba una fuga: en el temor de ser detenidos, no se avisaba ni aun a aquellos que, como yo, habrían sido fusilados una hora después de la entrada de Bonaparte en París. En los Campos Elíseos encontré al duque de Richelieu, y me dijo: «Nos engañan, amigo, y me marchó, porque no pienso esperar sólo al emperador en las Tullerías.»

La señora de Chateaubriand envió un criado al Carrousel, con orden de no volver sino con la certidumbre de la fuga del rey, y como a media noche no hubiera vuelto, me acosté. Acababa de meterme en la cama, cuando entró el señor Clausel de Coussergues, y nos dijo que el rey se había marchado, que se dirigía hacia Lille. Me llevaba esta noticia de parte del canceller, el cual, sabiendo el peligro en que me hallaba, violaba por mí el secreto, y me enviaba doce mil francos, a descontar de mis sueldos de ministro en Suecia. Pero yo me obstiné en quedarme hasta estar seguro de la salida del rey: el doméstico enviado a la descubierta volvió, y habiendo visto desfilar los coches de la corte, la señora de Chateaubriand me hizo entrar en su carruaje, el 20 de marzo a las cuatro de la mañana. Se apoderó de mí tal acceso de rabia, que no sabía dónde iba ni lo que hacía.

Salimos por la puerta de Saint-Martin; el camino estaba en muy mal estado, el tiempo lluvioso, y la señora de Chateaubriand, un poco indisputa, mirando a cada momento por el cristal del fondo si no éramos perseguidos. Dormimos en Amiens, donde nació Du Cange, después en Arras, patria de Robespierre,

donde fué reconocido. Habiendo enviado a pedir caballos el 22 por la mañana, el maestro de postas nos dijo que estaban retenidos por un general, que llevaba a Lille la noticia de la entrada triunfal del emperador y rey en París. La señora de Chateaubriand temblaba de miedo, no por ella, sino por mí; pero corrí a la casa de postas, y con dinero vencí la dificultad.

Al llegar a las murallas de Lille, el 23 a las dos de la mañana, encontramos las puertas cerradas, con orden de no abrirlas a nadie: no pudieron o no quisieron decirnos si el rey estaba en la ciudad. Por algunos luses comprometí al postillón a que nos llevase a Tournay, cuyo camino había hecho yo a pie y de noche en 1792, acompañado de mi hermano.

En Tournay me enteré de que Luis XVIII había entrado ciertamente en Lille, con el mariscal Mortier, y que pensaba defenderse allí. Entonces envié un correo al señor de Blacas, suplicándole me diese un permiso para ser recibido en la plaza. El correo volvió con un permiso del comandante, pero sin una palabra del señor de Blacas. Dejé a la señora de Chateaubriand en Tournay, y subí en el carruaje para trasladarme a Lille, cuando llegó el príncipe de Condé. Por él supimos que el rey había partido, y que el mariscal Mortier le hacía escoltar hasta la frontera. Según estas explicaciones, era seguro que Luis XVIII no estaba ya en Lille cuando llegó mi carta.

El duque de Orleans siguió de cerca al príncipe de Condé: la ambigüedad de su declaración y de su conducta llevaba el sello de su carácter. En cuanto al anciano príncipe de Condé, la emigración era su dios Lar; él no tenía miedo del señor Bonaparte, y se batía si querían, o se retiraba si lo deseaban: las cosas estaban un poco revueltas en su cerebro, y no sabía a punto fijo si se detendría en Roeroi para dar allí una batalla, o si iría a comer al *Gran-Cerf*. Algunas horas antes que nosotros se puso en camino, encargándome recomendase el café de la posada a las personas de su servidumbre que había dejado atrás. Ignoraba que yo hubiera presentado la dimisión cuando la muerte de su nieto; no estaba muy seguro de haber tenido un nieto, y sólo sentía en su nombre cierto acrecentamiento de gloria que muy bien podía pertenecer a algún Condé de quien ya no se acordaba.

¿Recordáis mi primer paso por Tournay con mi hermano, cuando mi primera emigración? ¿Os acordáis del hombre metamorfoseado en asno, de la joven de cuyas orejas salían espigas de trigo y de la lluvia de cuervos que todo lo incendiaba? En 1815 nosotros éramos también un diluvio de cuervos, pero no poníamos fuego en parte alguna. ¡Ay! ya no estaba yo con mi feliz hermano. Entre 1792 y 1815 habían pasado la República y el Imperio; ¡cuántas revoluciones se habían realizado también en mi vida! Vosotras, jóvenes generaciones del momento, dejad correr veintitrés años, y diréis a mi sepulcro dónde están vuestros amores y vuestras ilusiones de hoy.

De Tournay nos dirigimos a Bruselas, donde no encontré ni al barón de Breteuil, ni a Rivarol, ni a aquellos jóvenes ayudantes de campo, ya muertos o viejos, lo cual es lo mismo. Ninguna noticia del barbero que me había dado asilo. Yo no tomé el mosquete, sino la pluma; pues de soldado me había convertido en emborronado de papel. Luis XVIII estaba en Gante, adonde le habían conducido el señor de Blacas y el señor de Duras, con la intención primera de embarcarlo para Inglaterra. Si el rey hubiese consentido, jamás hubiera vuelto a subir al trono.

Habiendo entrado en una posada para examinar un aposento, encontré al duque de Richelieu fumando y medio acostado en un sofá en el fondo de una sala oscura. Me habló de los príncipes de la manera más brutal; me dijo que se iba a Rusia, y que no quería volver a oír hablar de esta gente. La señora duquesa de Duras tuvo el dolor de perder a su sobrina en Bruselas.

La capital del Brabante me causa horror, pues nunca me ha servido sino de paso a mis destierros: siempre ha producido desgracias a mí o a mis amigos.

Una orden del rey me llamó a Gante. Los voluntarios realistas y el reducido ejército del duque de Berry habían sido licenciados en Bethune, permaneciendo sólo doscientos hombres en la casa del rey, que fueron acantonados en Alost: mis dos sobrinos, Luis y Cristián de Chateaubriand, formaban parte de este cuerpo.

Me habían dado un billete de alojamiento, del cual no me aproveché: una baronesa, cuyo nombre he olvidado, vino a ver a la señora de Chateaubriand a la posada, ofreciéndonos un aposento en su